

Organo de la

Casa de Cultura

Sánchez Díaz

Dirección General de
Archivos y Bibliotecas

Diputación Provincial
de Santander

Centro Coordinador de
Bibliotecas

44

REINOSA

31 Agosto 1961

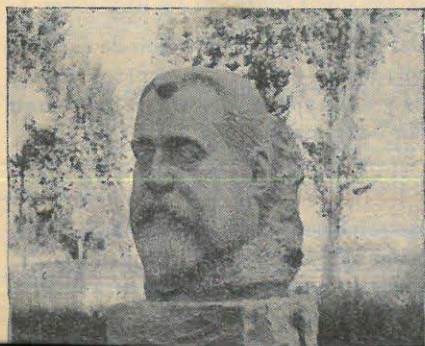
fontibore

revista de campo

Depósito legal S. A. 51 - 1958.

Con asistencia del Director General de Archivos y Bibliotecas y Autoridades Provinciales se inauguró el nuevo edificio de la Casa de Cultura

El escultor Otero hace donación de un busto de Menéndez Pelayo a nuestra Casa de Cultura



El día 23 del pasado mes de Junio, fué inaugurado el nuevo edificio de nuestra Casa de Cultura. Al acto asistieron, como teníamos anunciado, el Director General de Archivos y Bibliotecas, Gobernador Civil de la Provincia, Presidente de la Diputación, Director del Centro Coordinador de Bibliotecas y Presidente de nuestra Junta de Trabajo, Alcalde de la Ciudad, autoridades y representaciones locales y una representación de la familia Sánchez Díaz.

Después de la bendición de los nuevos locales e inauguración de la exposición de pinturas del artista madrileño don Eduardo Vicente, ya en el salón de actos el Alcalde de Reinosa, don Vicen-

deciso apoyo prestado para la construcción del nuevo edificio. Destacó la gestión realizada por el Centro Coordinador y Junta de Trabajo y manifestó su agradecimiento a la familia Sánchez Díaz.



otros problemas culturales de la Ciudad, manifestando su decidido apoyo para darles pronta solución.

Finalmente, el Director General, Sr. García Noblejas, encareció el acierto que

ha presidido en la instalación de los nuevos servicios de la Casa de Cultura, parangonándola con otros establecimientos similares nacionales y extranje-

Arte y tragedia en la fiesta brava

Por BENITO MADARIAGA

No es posible comprender con claridad el espectáculo del toro, sin tener en cuenta la mezcla de arte y tragedia que, en dosis abultadas, implican cada una de sus suertes y lances. Tal afirmación diferencia nuestra fiesta nacional de cualquier otro tipo de espectáculo de masas, como el fútbol, las manifestaciones gimnásticas o el boxeo.

La emoción que provoca la lidia del toro bravo se halla condicionada por diversos factores. El animal—el «bicho»—interpreta un papel destacado e inconfundible, papel que viene a concretarse en el aspecto altamente agresivo que adopta durante el desarrollo del juego taurómico; dotado de peligrosas armas de ataque y poseedor de acusadas virtudes combativas—fuerza, agilidad, tenacidad—, el toro puede ocasionar, bajo circunstancias mínimas, la tragedia irreplicable, la muerte de su contrincante. En el arte del toro, la resastada representa la fuerza, el orgulloso destino de la brutalidad incontrolable.



Para el público español si el toro no es incorporado a la lidia con su cornamenta natural, intacta, o el conflicto entre hombre y fiera no concluye con el sacrificio de ésta, el espectáculo carece de aliciente y pasión. Y no es que la lidia se halle entonces desprovista de grandiosidad y belleza; lo que ocurre es que cuando el combate no deriva hacia los cauces de la tragedia, el duelo hombre-toro resulta tan artificioso como aburrido. El riesgo y el peligro son la causa de la pasión que engarza esta trágica amistad tres veces milenaria, como la llamaba Ortega y Gasset, entre el hombre español y el toro bravo.

El toro significa competición entre la fuerza y el arte, entre la destreza humana y la sinrazón brutal de la bestia. Por eso decimos que sin cuernos o con defensas inocuas, el arte de lidiar se convierte en farsa o charlotada. Cuando concurren las circunstancias apuntadas, es decir, cuando la lidia se celebra con reses desarmadas artificialmente o inofensivas por el embolado, se considera que el espectáculo posee atisbos de juego de salón, pero en manera alguna los recursos que disponen de la vida y el talento.

La lidia es un combate donde el toro y el torero se enfrentan cada uno con sus armas. La lucha—ha escrito Or-



tega—es una acción recíproca. Así ocurría en los combates de los gladiadores contra las fieras y así sucede, en nuestra fiesta. El mismo Ortega ha estudiado con penetración la honda diferencia que existe entre la caza y el toro. «Si el animal que es pieza luchase normalmente y desde luego con el hombre, de modo que la relación entre ambos consistiese en ese pugilato, tendríamos un fenómeno



completamente distinto del cazar. Por eso torrear no es cazar. Ni el hombre caza al toro, ni éste, al acometer, lo hace con intención venatoria. La tauromaquia es, en efecto, algo así como una lucha tan *sui generis* que, en rigor, tampoco es eso».

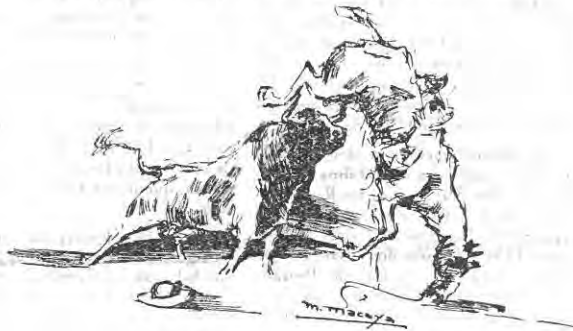
A los instintos primarios del animal, el torero, sosteniendo una capa o una muleta como únicos instrumentos de combate, opone su arte de engaño, su pericia e intriga frente al toro.

Pero consideremos ahora los tres elementos lúdicos que intervienen, de con-

miedo. El miedo preside todos los actos del combate taurino. Sin embargo, no debe confundirse el miedo con la cobardía.

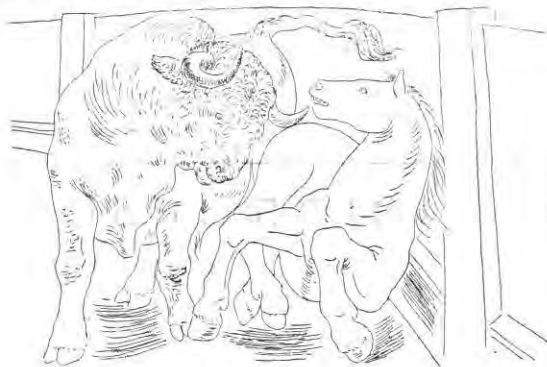
El toro, como el resto de los ruminantes, es un animal miedoso pero no cobarde. El diccionario define el miedo como una emoción provocada por la amenaza de un mal o una pena inminente, acompañada de un deseo de evitarla o escapar de ella.

Esta amenaza es constante en el dominio animal. Los sistemas de defensa y agresión son la pauta común de su com-



junto en la lidia: el toro, el torero y el público. No se puede aludir al toro sin tener en cuenta el público. El espectador es quien da sentido al drama de la lidia. De aquí emana la tensión emocional de que goza la lidia del toro español, tensión que no puede compararse con ningún otro espectáculo. En la doma de fieras, por ejemplo, hay un hábito, un reflejo condicionado. En la lidia todo es espontáneo, inseguro, enigmático. El «suspense» perdura durante todo el jue-

portamiento. El binomio agresión-respuesta es fundamental para conocer lo que se denomina técnicamente instinto de agresividad o de bravura en ciertos animales. La naturaleza ha dotado a sus criaturas de armas diversas, tanto para el ataque como para la huida. Ambos son procedimientos de adaptación y supervivencia del animal que convive junto a otros de su especie y, por lo tanto, que compete con otros que habitan en la misma zona geográfica.



Picasso

go. Refiriéndose a este particular, Luis Bollaín escribía: «Lo que da tinte trágico a las corridas no es la posibilidad objetiva de que el drama llegue, sino la subjetiva sensación que el espectador experimenta de que el drama puede llegar».

En la lucha del toro contra el torero la nota común a ambos es, sin duda, el

miedo del toro, expresados físicamente por multitud de alteraciones orgánicas; en ningún caso estos síntomas impiden el desarrollo concreto del instinto agresivo, instinto impreso en su sistema nervioso y transmitido por herencia, que el ganadero vigila atentamente para que no se pierda o malogre, como carácter racial. En la lucha siempre hay miedo y cólera más o menos encubierta.

Mi inolvidable amigo el profesor Sanz Egaña, al estudiar la bravura del toro de lidia la define como un instinto defensivo o, mejor aún, un instinto de liberación. A mi criterio, la bravura que poseen diversos animales (toro, gallo de pelea, ciertos perros, etc.) es una manifestación del instinto defensivo. La huida, la simulación de la muerte, el mimetismo, etc., son también expresiones de ese mismo instinto. La bravura es, por lo tanto, la persistencia del carácter agre-



sivo en los animales semisalvajes; al tiempo que, sus congéneres domésticos, la han perdido o la tienen atenuada a consecuencia de la domesticación y trato con el hombre.

En el torero el miedo es simultáneo con el del toro. Nace este síntoma en primer lugar de la exposición al peligro y de la conciencia de inseguridad que prevalece en el matador durante la prueba. Todo miedo, asegura Jores, es, en definitiva, un miedo a morir.

En todos aquellos procesos donde se desconoce el final, existe una ansiedad que se acentúa cuando lo que se pone en juego es la propia vida. La medicina ha estudiado perfectamente estos síntomas psico-somáticos del hombre, síntomas que incluso, en ocasiones, derivan hacia la enfermedad durante conflictos bélicos, enfermedades mortales, estados de emergencia, etc.

Sanz Egaña decía que el toro es un animal preparado exclusivamente para un espectáculo de un cuarto de hora. Y a esto podemos añadir que difícilmente el torero soportaría, en la mayor parte de las ocasiones, por más tiempo la tensión emocional a que está expuesto durante el desarrollo de la lidia. El ritmo de ésta, el grado de atención que exige por parte del matador, así como el esfuerzo muscular y nervioso, le arrastran a un estado de postración mental y física a consecuencia de la intensidad con que transcurre esta dura prueba.

El público es el tercer elemento de la lidia. Los espectadores vienen a significar el coro que anima y enciende la tensión emocional de toro y torero. Hemingway, uno de los escritores más familiarizados y que mejor ha sentido el espectáculo taurino, al referirse al impacto del público en el matador, escribía estas palabras hondamente significativas: «Un torero nunca puede ver su obra de arte. No puede corregirla como el pintor o el escritor. No la puede escuchar como el músico. Sólo puede sentirla y oír la repercusión que tiene en el público». Tensión emocional que no pocas veces se transmite a las muchedumbres que presencian el espectáculo donde además de juego y belleza, se respira en todo momento la inminencia de un posible peligro. Nietzsche decía que el hombre ama el peligro y el juego; por eso el aficionado busca, para no sentirse frustrado, ambos elementos, arte y tragedia, en este espectáculo que constituye el más claro exponente del temperamento español».